

EL BASILISCO

THE BASILISK

Carlos Manuel Villalobos^{1*}

Al cura le pareció que aquello de exorcizar un basilisco no era lo frecuente en los anales de la fe y que, de hacerlo, bien podrían acusarlo de superchería; pero Matilde argumentó que el demonio es astuto y que con tal de hacer el mal se disfraza de lo que sea. Le rogó que, en nombre de los santos evangelios, atendiera su petición. Estaba segura de que el maligno se había metido en el cuerpo del reptil y así, simulando la inocencia, había entrado a la casa de su familia para hacer maldades.

Una opción podría ser rebanarle la cabeza y acabar de este modo con el peligro, pero ¿y si el endemoniado espíritu al verse libre, por venganza, poseía a una de las hijas o a Lucio, su esposo?

—Un basilisco poseído —dudó el sacerdote—, no sé, Matilde. Si fuera un cuervo o un gato, tal vez, pero este animal es inofensivo y...

—Esas lagartijas —replicó la mujer—, no sé si lo sabía, caminan sobre el agua y no se hunden. Es como si, de todos modos, de por sí, ya estuvieran endemoniadas.

Nadie en el momento lo advirtió, pero viendo la historia desde la perspectiva actual resulta sospechoso que el reptil apareciera, de repente, en el patio de la casa como si hubiera venido a ofrecerse de mascota. Fue Sandra, la hija mayor, quien lo encontró cuando salió a recoger la ropa del tendedero. Parecía un ángel alicaído de esos que predicen compasión y no hay otra salida más que volverse ciegos de amor. También Luisa, la pequeña, fue víctima del hechizo. El animal entró como Pedro por su casa y fue él quien puso la cabeza en las manos de las pequeñas para que estas lo acariciaran.

Lo más probable es que hubiera llegado ya con el maligno adentro y durante varios días, para ganarse el cariño de las pequeñas, disimuló su maldad con el arte de engatusar que tienen los mentirosos. Los basiliscos son huraoños, pero este, contrario a su naturaleza, parecía un tortolito que buscaba con insistencia el calor de las niñas. Sin sospechar que en el fondo se trataba de un ardid, Sandra y Luisa lo tomaban en sus manos, le besaban la cresta y dejaban que Papagayo se metiera debajo de sus blusas, donde pasaba horas acurrucado.

—¿Papagayo? ¿A quién se le ocurrió ese nombre?

—A las niñas, padre. Usted sabe, ocurrencias de ellas, por los colores y porque les pareció que movía la cresta igual que un papagayo y, pues, les hizo gracia.

^{1*} Poeta, narrador, ensayista y académico costarricense. Correo electrónico: carlos.villalobos@ucr.ac.cr
Gramma, XXXVI 74(2025).

El Basilisco, de Carlos Villalobos

Al principio la madre quiso que el animal durmiera en la terraza e improvisó con cajas de cartón una cueva que cubrió con cobijas viejas, pero el animal se negó a pasar ahí la noche. Con artimañas que siguen siendo un misterio abrió las celosías de la ventana y saltó a la sala. Rasguñó la puerta del cuarto de las niñas y ellas, desde luego, le abrieron de inmediato. Parecía un cachorro mimado bajo las colchas de la cama. Matilde insistió. No estaba bien que una lagartija durmiera con personas, pero el hechizo que les produjo a las pequeñas pudo más. Una vez vencida la voluntad de la madre, a sus anchas, Papagayo se turnaba de cama en cama como un juguete que las niñas compartían cada noche.

Una tarde, después de mascar por días la derrota, Matilde encaró a Lucio y le pidió que por favor hiciera algo, que fuera consciente de que aquello no estaba bien, que las niñas eran muy pequeñas y que el reptil tarde o temprano les haría daño; pero el hombre ni siquiera volvió la vista para mirar a su mujer y siguió pendiente del televisor mientras terminaba la décima cerveza de ese día.

De nada sirvió la súplica. Lucio parecía otro reptil gemelo del basilisco y al igual que Papagayo en cuanto llegaban las niñas le cambiaba el rostro. Después de la cena las sentaba en su regazo y les pedía que vieran televisión con él hasta la hora de dormir y entonces iba con ellas a sus camas para darles las buenas noches.

Tampoco hizo nada cuando el animal empezó a subir al entretecho para espiar el baño de las niñas. Aquello fue la confirmación de que la maldad no daba tregua. En cuanto alguna de ellas tomaba una ducha el basilisco escalaba la pared en busca de una hendidura. Desde la cocina Matilde oía con claridad la respiración entrecortada del animal y adivinó que el maldito había adquirido el vicio del voyerismo.

Quería tomar la escoba, una sandalia o bajarlo de una pedrada, pero no se atrevió. Era mejor que las niñas no supieran que su mascota padecía de lujuria y, por otro lado, a pesar de los desmanes y la falta de recato que mostraba el animal, quería evitar cualquier escándalo. No estaba bien que el barrio supiera que en la casa de sus vecinos sucedía tal relajo.

Matilde intuyó que tarde o temprano las niñas se darían cuenta de que las ternuras del basilisco eran una treta. Y así fue. Los toqueteos del reptil poco a poco dejaron de parecerles un juego divertido. Más aún, las notó desanimadas y somnolientas, como si algo terrible las mortificara.

—Mamá —se atrevió a decirle Sandra—, es que no me gusta las cosas que me hace Papagayo.

Luisa no dijo nada, pero se le notaba en los llantos repentinos que también ella había empezado a sentir lo mismo.

—Por favor, padre —insistió la mujer—, sáquele el diablo a ese maldito. Las niñas creen que es un basilisco, pero no, lo que las persigue por la casa es la mano del demonio.

Si Lucio hiciera algo, pensó Matilde, si Lucio acabara de una vez con ese maldito animalejo... Pero el hombre reptaba por la casa sin que nada de aquello le pareciera escalofriante. Otro habría tomado de la cola al animal y, sin pensarlo, lo hubiera arrojado al fuego, no importa que se quemara vivo, que tuviera el demonio una cucharada de su propia sopa, pero Lucio ni siquiera lo intentó. Es más, cuando Papagayo se sentaba a mirar la televisión con él y, de vez en cuando, incluso, compartían una cerveza, al hombre le

parecía que a su lado no había nada, ningún animal, ninguna mascota, ningún demonio, solo su mano esperando a que las niñas llegaran de la escuela para jugar con ellas y hacerles creer que sus dedos eran la cresta de un reptil, un atrevido basilisco que hacía travesuras cada noche.